

namientos sorprenden á las gentes más difíciles de contentar. En casa de una cortesana rica y bella como la señora Schontz, en una comida igual, fué cuando Paganini declaró no haber comido de un modo semejante en casa de ningún soberano, ni bebido tales vinos en casa de ningún príncipe, ni oído una conversación tan graciosa, ni visto brillar un lujo tan coquetón.

Máximo y la señora Schontz fueron los primeros en entrar en el salón, á eso de las diez, dejando á los convidados, que no disparaban ya anécdotas y que se alababan sus cualidades pegando sus labios viscosos al borde de vasitos llenos de licor sin poderlos vaciar.

—Pues bien, hija mía—dijo Máximo,—no te has engañado; sí, vengo por tus hermosos ojos, se trata de un gran asunto, es preciso que te separes de Arturo; pero yo me encargo de que te ofrezca doscientos mil francos.

—Y ¿por qué he de separarme de ese pobre hombre?

—Para casarte con ese imbécil que ha venido de Alençon expresamente para eso. Ha sido ya juez, yo haré que le den la presidencia que ocupa el padre de Blondet, que va ya para los ochenta y dos años, y, si sabes conducir tu barca, tu marido será diputado. Seréis dos personajes y podrás hundir á la señora condesa de Bruel...

—¡Jamás!—dijo la señora Schontz;—ella es condesa.

—¿Es de origen capaz para ser nombrado conde?

—Mira, tiene escudo—dijo Aurelia buscando una carta en un magnífico cestillo que colgaba del rincón de la chimenea y presentándoselo á Máximo,—¿qué es lo que quiere decir esto? hay unos peines.

—Lleva escudo *dividido en el uno de plata con tres peines de gules; dos y uno entrelazados con tres racimos de púrpura con tallo y hojas de sinople, uno y dos; en el dos, azur con cuatro plumas de oro, con SERVIR por divisa y el casco de escudero*. No es gran cosa. Han sido ennoblecidos en tiempos de Luis XV. La línea materna ha hecho fortuna en el comercio de vinos, y el Ronceret ennoblecido debía ser escribano. Pero si logras deshacerte de Arturo, los Ronceret serán por lo menos barones, te lo prometo, hijita mía. Mira, es preciso que te adobe durante cinco ó seis años en provincias, si quieres morir siendo presidenta... Ese tipo te ha dirigido miradas cuyas intenciones no pueden ser más claras. Veo que ya lo tienes cogido.

—No—respondió Aurelia,—cuando le ofrecí mi mano se quedó frío.

—Yo me encargo de decidirle; ahora está borracho... Vete á ver dónde están los demás.

—No, no merece la pena, porque no oigo más que á Bixiou, que habla sin que nadie le escuche; pero yo conozco á mi Arturo, que se cree obligado á ser cortés con Bixiou, y con los ojos cerrados le miraría aún.

—Entremos, pues.

—Pero, ¿en interés de quién trabajo yo, Máximo?—preguntó de pronto la señora Schontz.

—De la señora de Rochefide—respondió sencillamente Máximo.—Mientras que tú tengas á Arturo, es imposible repatriarle, y la marquesa desea ponerse al frente de su casa y gozar de cuatrocientos mil francos de renta.

—¿Y no me propone más de doscientos mil francos? Puesto que se trata de ella, quiero trescientos. ¡Cómo! ¿he cuidado á su hijo y á su marido y he ocupado su lugar en todo, y aun me viene con tacañerías? Mira, querido mío, de ese modo tendría un millón. Con esto y con la presidencia del tribunal de Alençon que tú me prometes, podré ser toda una señora del Ronceret.

—Al pelo—dijo Máximo.

—Pero me parece que me voy á aburrir en ese pueblo—dijo filosóficamente Aurelia.—He oído hablar tanto de esa provincia á de Esgrignon y á Val-Noble, que me parece que la conozco como si hubiese vivido allí.

—¿Y si yo te asegurase el apoyo de la nobleza?

—¡Ah! Máximo, ¿tanto me dirás!... Sí, pero el pichón huye del águila.

—Y es bien feo con su color de ciruela; tiene cerdas en lugar de pelo y parece un jabato á pesar de sus ojos de pájaro de presa. Hará el presidente más hermoso del mundo. No tengas cuidado; dentro de diez minutos cantará el aire de Isabel en el cuarto acto de *Roberto el Diabolo*: «¡Estoy á tus pies!» Pero tú te encargas de poner á Arturo á los de Beatriz.

—Es difícil, pero yo haré por lograrlo.

A eso de las diez y media, los convidados entraron en el salón para tomar café. En las circunstancias en que se encontraban la señora Schontz, Couture y del Ronceret, es fácil imaginar el efecto que debió producir en el ambi-

cioso normando la siguiente conversación que Máximo tuvo con Couture á media voz y en un rincón para no ser oído de nadie, pero que Fabián escuchó.

—Querido mío, si no es usted tonto, aceptará la recaudación general que la señora de Rochefide le procurará á usted. El millón de Aurelia le permitirá poner la fianza y hará usted separación de bienes al casarse con ella. Si sabe usted manejarse bien, será diputado, sin que yo le pida á usted por mis gestiones más que su voto en el Congreso.

—Siempre me consideraré honrado siendo uno de sus soldados.

—¡Ah! querido mío, de buena se ha librado usted. Figúrese que Aurelia se había enamorado de ese normando de Alençon y pedía nada menos que le hiciesen barón, presidente de la Audiencia de su pueblo y oficial de la Legión de honor. Ese imbécil no ha sabido comprender el valor de la señora Schontz, y debe usted su fortuna á un momento de despecho; de modo que no dé usted tiempo de reflexionar á esa joven, y yo, por mi parte, ya apretaré las clavijas.

Y Máximo dejó á Couture en el colmo de la dicha diciéndole á Palferina:

—Hijo mío, ¿quieres que te lleve á casa?

A las once, Aurelia se encontraba entre Couture, Fabián y Rochefide. Éste dormía en una poltrona, y Couture y Fabián se hacían los remolones para quedarse solos con ella, sin poder lograrlo. La señora Schontz puso término á aquella lucha diciendo á Couture un: «¡Hasta mañana, querido mío!» ante el cual aquél no tuvo más remedio que obedecer.

—Señorita—dijo Fabián en voz baja,—sí me vió usted pensativo ante la oferta que me hizo usted indirectamente, no crea que yo dudase un momento; pero usted no conoce á mi madre, y estoy seguro de que nunca consentirá ella en mi dicha.

—Querido mío, usted ya está en edad para hacer una intimación respetuosa—respondió insolentemente Aurelia.—Pero si teme usted á su mamá, nada tengo que decirle.

—Josefina—dijo con ternura el *Heredero* pasando atrevidamente su brazo derecho en torno del talle de la señora Schontz,—yo creí que usted me amaba.

—Bueno, y ¿qué?

—Que acaso se podría apaciguar á mi madre y obtener más que su consentimiento.

—¿Y cómo?

—Si quisiese usted emplear su influencia...

—Para hacer que te nombren barón, oficial de la Legión de honor y presidente de la Audiencia, ¿no es verdad, hijo mío? Escucha; yo he hecho tantas cosas en mi vida, que me creo capaz de intentar la virtud. Yo puedo ser una buena mujer, una mujer leal, y encumbrar mucho á mi marido; pero en cambio quiero ser amada por él, sin que sus miradas ni sus pensamientos se aparten nunca de mí. ¿Te conviene eso?... Antes de decidirte, mira lo que haces y no obres imprudentemente, porque se trata de tu vida, amiguito mío.

—Con una mujer como usted iría yo al fin del mundo—dijo Fabián embriagado con una mirada de la Schontz y con el exceso de licores que había bebido.

—No te arrepentirás de tu palabra, querido mío; llegarás á ser par de Francia... Respecto á este pobre viejo—continuó mirando á Rochefide que dormía,—desde hoy se ha acabado.

Estas palabras fueron dichas con tanta gracia, que Fabián cogió á la señora Schontz y la besó con una alegría en que la doble embriaguez del amor y del vino cedía á la de la dicha y la ambición.

—Desde hoy, piensa, querido mío, en portarte bien con tu mujer, y no hagas el enamorado hasta que yo no haya salido convenientemente del atolladero. ¡Y Couture que creía ser rico y recaudador general!

—Tengo horror á ese hombre y no quisiera volver á verlo—dijo Fabián.

—Descuida, no le recibiré más—respondió la cortesana con aire mojigato.—Ahora que ya estamos de acuerdo, Fabián querido, vete, que ya es la una.

Esta pequeña escena originó en el hogar de Aurelia y de Arturo, que habían sido hasta entonces tan completamente felices, el período de guerra doméstica que determina en el seno de todos los hogares un interés secreto en uno de los cónyuges.

Al día siguiente mismo, Arturo se despertó solo y encontró á la señora Schontz tan fría con él como frías saben mostrarse esa clase de mujeres.

—¿Qué ha pasado esta noche?—preguntó el marqués mientras almorzaba mirando á Aurelia.

—Amigo mío, en París ocurre con frecuencia eso. Se duerme uno con tiempo húmedo, y al día siguiente las aceras están secas y hasta tienen polvo. ¿Quiere usted un cepillo?

—Pero, ¿qué tienes, querida mía?

—Nada, que ya puedes irte con el penco de tu mujer.

—¡Con mi mujer!—exclamó el pobre marqués.

—¿Cree usted que no he adivinado el objeto de la visita de Máximo?... Usted quiere reconciliarse con la señora de Rochefide, que, sin duda, tiene necesidad de usted hoy. Y ya que dice usted que soy tan astuta, le aconsejaba que le devolviese su fortuna. ¡Oh! concibo el plan de usted: al cabo de cinco años, el señor está cansado de mí. Yo estoy bien de carnes, y como Beatriz está bien de huesos, podrá usted cambiar. No es usted el primero que conozco á quien le gustan los esqueletos. Por otra parte, Beatriz sabe componerse, y usted es uno de esos hombres á quienes les gustan las perchas. Además, quiere usted que despida al señor de Guenic. ¡Eso es un triunfo que le dará á usted mucha fama! Se hablará de usted y se convertirá en un héroe.

A pesar de las protestas de Arturo, la señora Schontz no había detenido aún el curso de sus burlas á las dos de la tarde, y diciendo que estaba invitada á comer, recomendó á su *infiel* que se fuese sin ella á los Italianos, porque ella iba á ver una primera representación al Ambigú Cómico para trabar allí conocimiento con una mujer encantadora, con la señora de La Baudraye, querida á la sazón de Lousteau. Como prueba de su adhesión eterna á su Aurelia y de su aversión por su mujer, Arturo le propuso partir al día siguiente mismo para Italia, y vivir allí maritalmente en Roma, en Nápoles ó en Florencia, á elección de Aurelia, ofreciéndole una donación de sesenta mil francos de renta.

—Todo eso son jeremiadas ridículas—le dijo ella,—y no serán un obstáculo para que usted se reconcilie con su mujer, en lo cual hará perfectamente.

Después de este formidable diálogo, Arturo y Aurelia se separaron, él para ir á jugar y á comer al Club, y ella para vestirse y pasar la tarde con Fabián.

El señor de Rochefide encontró á Máximo en el Club, y se quejó, como hombre que se siente arrancar del corazón una felicidad que ha echado ya raíces. Máximo escuchó las dolencias del marqués como escuchan las gentes cortesas y bien educadas, es decir, pensando en otra cosa.

—Querido mío, yo soy hombre entendido en estas materias, y me parece que haces mal haciéndole ver á Aurelia que la quieres tanto. Permíteme que te presente á Antonia, que está ahora para alquilar, y verás cómo se achica la Schontz. Ésta tiene treinta y siete años, mientras que Antonia no tiene más que veintiséis, y ¡qué mujer! ¡Es encantadora! Por otra parte, es discípula mía. Si la señora Schontz sigue mostrándose orgullosa, ¿sabes, á mi entender, por qué es?

—A fe que no.

—Es que querrá casarse, y entonces es inútil cuanto hagas. Después de seis años de arriendo, me parece que esa mujer tiene derecho á ello. Mas, si quieres escucharme, creo que aun podrías hacer cosa mejor. Tu mujer vale hoy más que todas las Schontz y todas las Antonias del arrabal de San Jorge. Es una coqueta difícil, pero no imposible, y ahora te haría completamente feliz. De todos modos, si no quieres pasar por tonto, tienes que venir á cenar esta noche á casa de Antonia.

—No, amo demasiado á Aurelia y no quiero que tenga la menor cosa que reprocharme.

—¡Ah! querido mío, ¡qué vida te espera!... —exclamó Máximo.

—Son ya las once, y Aurelia debe estar de vuelta del Ambigú. Me voy—dijo Rochefide saliendo.

Y ordenó á su cochero que fuese á galope á la calle de la Bruyere.

La señora Schontz había dado instrucciones, y el señor pudo entrar como si estuviese en buena inteligencia con la señora; pero Aurelia, advertida de la entrada del marqués, se arregló de modo que éste pudiese oír el ruido de la puerta del gabinete tocador, que se cerró como se cierran las puertas cuando las mujeres se ven sorprendidas. Además, en el ángulo del piano, el sombrero de Fabián fué dejado á intento y recogido por la camarera en el primer momento de conversación entre el señor y la señora.

—¿No has ido al Ambigú, hijita mía?

—No, cambié de opinión y estuve tocando el piano.

—Pues ¿quién ha venido á verte?—dijo el marqués con cariño, viendo que la camarera se llevaba el sombrero.

—Nadie.

Ante aquella audaz mentira, Arturo bajó la cabeza pa-

sando por las horcas caudinas de la complacencia. El amor verdadero tiene sublimes cobardías. Arturo obró con la señora Schontz como Sabina con Calixto y como Calixto con Beatriz.

En ocho días, se operó una metamorfosis de larva en mariposa en casa del joven y hermoso Carlos Eduardo, conde Rusticoli de la Palferina, héroe de la novela titulada *Un príncipe de la bohemia*, lo cual dispensa de hacer aquí su retrato y describir su carácter. Hasta entonces, este noble había vivido miserablemente, cubriendo sus déficits con una audacia á lo Dantón; pero desde este momento pagó sus deudas, tuvo un cochecito, fué admitido en el Jockey Club y en el club de la calle de Gramont, vistió con una elegancia extraordinaria y, por fin, publicó en el *Diario de los Debates* una novela que le valió en pocos días una reputación como no adquieren los autores de profesión después de varios años de trabajos y de éxitos, pues no hay nada que impere en París más que lo que tiene que ser efímero. Nathan, seguro de que el conde no publicaría nunca nada más, hizo tal elogio de este gracioso é impertinente joven en casa de la señora de Rochefide, que ésta, instigada por el relato del poeta, manifestó deseos de conocer al joven rey de los truhanes de buen tono.

—Le satisfará tanto más venir aquí, cuanto que yo sé que está enamorado de usted de un modo que le creo capaz de hacer cualquier locura.

—Pero, si dicen que las ha hecho ya todas.

—¿Todas? no—respondió Nathan;—aun no ha hecho la de amar á una mujer decente.

Algunos días después del complot urdido en el bulevar de los Italianos entre Máximo y el seductor conde Carlos Eduardo, este joven, á quien la naturaleza, sin duda por burla, había dotado de una figura sumamente melancólica, hizo su primera incursión al nido de la paloma de la calle de Courcelles, la cual, para esta recepción, escogió una noche en que Calixto tenía que acompañar á su mujer. Cuando volváis á encontrar á Palferina, cuando lleguéis al *Príncipe de la bohemia*, que es uno de los libros de la tercera parte de esta larga historia de nuestras costumbres, concibiréis perfectamente el éxito obtenido en una sola noche por aquella inteligencia privilegiada, por aquella verbosidad inaudita, sobre todo si tenéis en cuenta las admirables maniobras del

panegirista que consintió en presentarle en este debut. Nathan fué un buen compañero, é hizo brillar al joven conde como el joyero hace brillar á la alhaja que desea vender. Palferina fué el primero en retirarse discretamente, y dejó juntos á la marquesa y á Nathan, contando con la colaboración del célebre autor, que fué admirable. Al ver á la marquesa estupefacta, el poeta interesó su corazón con reticencias que excitaron la curiosidad de aquélla. Nathan dió á entender que más que la gracia del conde, era su arte para amar lo que le valía su fortuna con las mujeres.

Nos parece este lugar oportuno para hacer notar un nuevo efecto de esa gran ley de las contrariedades que determina muchas crisis del corazón humano y que explica muchas extravagancias.

Las cortesanas, palabra con la cual queremos comprender á todo el sexo femenino que se bautiza, desbautiza y rebautiza en cada cuarto de siglo, conservan en el fondo de su corazón un floreciente deseo de recobrar la libertad, y de amar pura, santa y noblemente á un ser por el cual lo sacrifican todo (véase *Esplendores y miserias de las cortesanas*) y sienten esa necesidad antitética con tanta violencia, que es raro encontrar una mujer de esas que no haya aspirado muchas veces á la virtud por el amor. A pesar de sus espantosas decepciones, no se desaniman. Al contrario, las mujeres contenidas por su educación, por el rango que ocupan, por la nobleza de su familia, y que viven en el seno de la opulencia rodeadas de una aureola de virtudes, se ven arrastradas secretamente hacia las regiones tropicales del amor. Estas dos clases tan opuestas de mujeres tienen, pues, en el fondo del corazón, la una un pequeño deseo de virtud, y la otra ese pequeño deseo de libertinaje que Rousseau fué el primero que tuvo el valor de señalar. En la primera, aquel deseo es el último reflejo del rayo divino, que no se ha extinguido aún; en la segunda es el resto de nuestro barro primitivo. Esta última garra de la bestia, este cabello del diablo, fué pescado por Nathan con excesiva habilidad. La marquesa se preguntó seriamente si la cabeza no le había engañado hasta entonces y si su educación había sido completa. El vicio es, sin duda, el deseo de saberlo todo.

Al día siguiente, Calixto pareció á Beatriz lo que era, un leal y perfecto hidalgo, pero sin verbosidad ni gracia. En París, un hombre de chispa debe tener gracia como

las fuentes tienen agua, pues las gentes de mundo y los parisienses en general suelen ser graciosos. Pero Calixto amaba demasiado y estaba demasiado embebido para ver el cambio de Beatriz y satisfacerla empleando nuevos recursos. De modo que perdió mucho al ser comparado con el joven conde, y no causó la menor emoción á la insaciable Beatriz. Un gran amor es un crédito abierto á una potencia tan voraz, que la quiebra no deja de presentarse nunca. A pesar del aburrimiento de aquel día, Beatriz tembló de miedo al pensar en un encuentro entre Palferina, sucesor de Máximo de Trailles, y Calixto, hombre de reconocido valor. Dudó, pues, si recibir ó no al joven conde, pero esta duda desapareció ante este hecho.

Beatriz había tomado un tercio de bolsa en los Italianos á fin de no ser vista. Hacía algunos días que Calixto acompañaba á la marquesa y ocupaba aquel palco detrás de ella, procurando entrar bastante tarde para que nadie se apercibiese de su presencia. Beatriz era una de las primeras en salir del teatro, pues lo hacía antes de acabarse el último acto, y Calixto la acompañaba de lejos velando por ella, á pesar de que el anciano Antonio no dejaba nunca de ir á buscar á su ama. Máximo y Palferina observaron esta estrategia inspirada por el respeto de las conveniencias y también por un temor que oprime á todas las mujeres que fueron antaño constelaciones del gran mundo y que perdieron su rango zodiacal á causa del amor. La humillación se teme entonces como una agonía más cruel que la muerte; pero esa agonía del orgullo, esa vejación que las mujeres que conservan su rango en el Olimpo procuran á las mujeres que han caído, tuvo lugar en terribles condiciones, gracias á los manejos de Máximo. En una representación de *Luca*, que fué, como es sabido, uno de los mayores triunfos de Rubini, la señora de Rochefide, á la que Antonio no había ido á prevenir, se fué por el pasillo al peristilo del teatro, cuyas escaleras estaban llenas de mujeres bonitas que esperaban que sus criados les anunciasen su coche. Beatriz fué reconocida por todos los ojos á la vez y escuchó en todos los grupos animados cuchicheos. En un abrir y cerrar de ojos, la multitud se dispó, y la marquesa se quedó sola como una pestífera. Al ver á su mujer en uno de los grupos, Calixto no se atrevió á ir á hacer campaña á la reprobada, y Beatriz le dirigió en vano por dos veces una mirada suplicante. En

aquel momento, el conde de la Palferina, elegante, soberbio y encantador, dejó á dos mujeres y corrió á saludar á la marquesa y á hablar con ella.

—Tome usted mi brazo y salga orgullosamente, que ya sabré yo encontrar su coche—le dijo.

—¿Quiere usted acabar la noche conmigo?—le respondió la marquesa sentándose en su coche y haciéndole sitio á su lado.

El conde dijo á su criado: «Sigue el coche de la señora», y se sentó al lado de la marquesa, con gran estupefacción de Calixto, que quedó plantado sobre sus dos piernas como si hubiese sido de plomo. Beatriz, que le había visto lívido, invitó precisamente al conde á sentarse á su lado para mortificar á Calixto. Todas las palomas son Robespierres con plumas blancas. Tres coches llegaron á la calle de Courcelles con una espantosa rapidez: el de Calixto, el del conde y el de la marquesa.

—¡Ah! ¿ya está usted aquí?—dijo Beatriz al entrar en el salón apoyada en el brazo del joven conde y al encontrar allí á Calixto, cuyo caballo había dejado atrás á los dos coches.

—¿Conque conoce usted á este caballero?—preguntó Calixto á Beatriz con rabia.

—El señor conde de la Palferina me fué presentado hace diez días por el señor Nathan—respondió Beatriz,—y usted, señor mío, me conoce hace cuatro años.

—Y estoy dispuesto, señora—dijo Carlos Eduardo,—á hacer arrepentirse á la señora marquesa de Espard, que fué la primera en alejarse de usted.

—¡Ah! ¿ha sido ella?—dijo Beatriz,—¡ya me la pagará!

—Para poder vengarse, deberá usted reconciliarse con Rochefide, y yo me siento capaz de traérselo—dijo el joven conde al oído á la marquesa.

La conversación empezada de este modo se prolongó hasta las dos de la madrugada sin que Calixto, cuya rabia fué calmada por las miradas de Beatriz, pudiese decirle dos palabras aparte. El conde, que no amaba á Beatriz, estuvo tan superior en gracia y en buen gusto, como inferior estuvo Calixto, el cual se retorció por los sofás como un gusano partido en dos y estuvo varias veces por levantarse á abofetear al conde. Una de las veces que Calixto dió un salto hacia su rival, Palferina le dijo un: «¿Sufré usted, señor barón?» que obligó á Calixto á sentarse de nuevo. La mar-

quesa conversaba con una finura de Celimenes, como si Calixto no estuviese presente. El conde tuvo la suprema habilidad de salir, dejando á los dos amantes enfadados.

De esta manera, gracias á la astucia de Máximo, la tea de la discordia ardía ya en el doble hogar del señor y de la señora de Rochefide. Al día siguiente, después de saber el éxito de aquella escena que le contó Palferina en el Jockey Club, donde el joven jugaba al whist con mucha suerte, Máximo se fué de la calle de la Bruyere á casa de la Schontz á fin de conocer los manejos de Aurelia.

—Querido mío—dijo la señora Schontz riéndose al ver llegar á Máximo,—veo que Rochefide es incurable, y acabo mi carrera de galantería convencida de que el talento es una desgracia.

—Explicame eso.

—En primer lugar, amigo mío, he tenido á mi Arturo sometido durante ocho días al régimen de los puntapiés en las canillas y de todo lo más desagradable que conocemos en nuestro oficio. «¡Estás mala, me decía Rochefide con paternal cariño, porque yo no te he hecho más que bien y te amo con adoración!» «Pues hace usted mal, amigo mío, porque me tiene usted aburrída», le contesté. «¡Y no tienes para distraerte á todos los artistas y los buenos mozos de París?» me respondió el pobre hombre. Al oír esto, me sentí vencida y comprendí que le amaba.

—¡Ah!—dijo Máximo.

—¡Qué quieres! ¿Quién resiste esa mansedumbre? Después cambié de táctica. Empecé á hacer caricias á ese jabalí judicial que va á ser mi futuro, y le hice sentarse en la poltrona de Rochefide, y me he aburrído soberanamente. Pero necesitaba tener allí á Fabián para que Arturo me sorprendiese con él.

—Bueno, acaba—exclamó Máximo.—¿Qué hizo Rochefide al sorprenderte?...

—No puedes imaginártelo, amigo mío. ¡Ah! siguiendo tus instrucciones, nuestras proclamas están ya hechas y el notario está redactando el contrato. Al sorprendernos, Arturo se fué de puntillas hasta el comedor y empezó á toser y á hacer ruido con las sillas; pero ese necio de Fabián tuvo miedo...

He aquí, querido Máximo, á qué punto hemos llegado...

Aunque Arturo viese un día á dos hombres al entrar en

mi cuarto, sería capaz de decirme: «¿Habéis pasado bien la noche, hijos míos?»

Máximo volvió la cabeza y jugó con su bastón durante algunos instantes.

—No entiendo esos caracteres, y lo que tienes que hacer es sacar á Arturo por la ventana y cerrar bien la puerta. Debes repetir la escena con Fabián.

—¿Otra vez?

—Sí, y arréglate de manera que Arturo te sorprenda, y si se enfada, habéis acabado, y si no se enfada y empieza á toser y á hacer ruido, habréis acabado aun mejor.

—¿Cómo?

—Enfadándote tú y diciéndole: «Yo me creía amada, pero cuando no tienes celos, es señal de que te soy indiferente.» En fin, ya sabes... «Si Máximo se viera en ese caso (sácame á relucir), mataría á mi hombre en el acto. Y Fabián (avergüenzale comparándole con Fabián), que me ama, sacaría un puñal para hundírselo en el corazón. ¡Ah! jeso sí que es amar! Con que así, adiós, señor mío, váyase usted á su palacio, porque yo me caso con Fabián, que me da su nombre contrariando los deseos de su madre.» Por fin...

—Ya, ya, ¡admirable!—exclamó la señora Schontz.—¡Ah! Máximo, nunca habrá más que un Máximo, como nunca hubo más que un de Marsay.

—No, Palferina vale más que yo—respondió modestamente el conde de Trailles.

—Él tiene lengua, pero tú tienes puños y hechos. ¡Lo que tú has tramado y emprendido!—dijo la Schontz.

—Palferina lo tiene todo: es inteligente é instruído; mientras que yo soy un ignorante—respondió Máximo.—He visto á Rastignac, el cual conferenció en seguida con el ministro de Gracia y Justicia, quedando en nombrar á Fabián presidente de la Audiencia y oficial de la Legión de honor después de un año de ejercicio.

—¡Yo me haré devota!—respondió la señora Schontz acentuando esta frase á fin de obtener la aprobación de Máximo.

—Sí, los curas valen más que nosotros.

—¡Ah! ¿de veras?—preguntó la señora Schontz.—¿De modo que encontraré en provincias con quien tratarme? He empezado ya á representar mi papel. Fabián le dijo á su madre que la gracia me había iluminado, y ha fascinado de tal